

F 1526
C45
1919
Copy 1

BOCETO

EL "PRESIDENTE" DE NICARAGUA

FOR

GUSTAVO ALEMÁN-BOLAÑOS

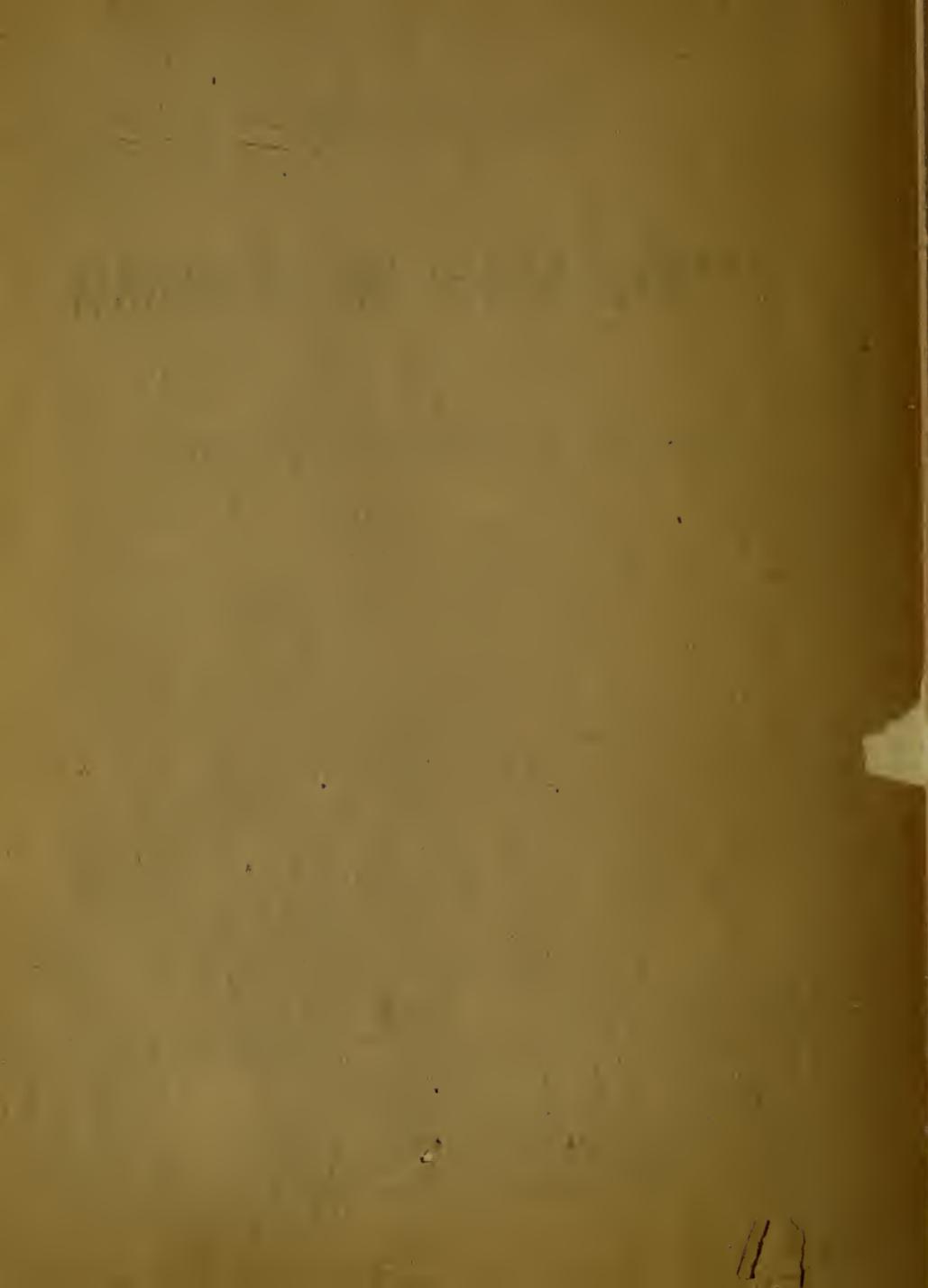


(Tercera edición, para distribuirse gratis)

INCEPASID.

Nueva York, noviembre de 1916

San José, C. R., julio de 1919



BOCETO

EL "PRESIDENTE" DE NICARAGUA

POR

GUSTAVO ALEMÁN-BOLAÑOS

20-11536



(Tercera edición, para distribuirse gratis)

Nueva York, noviembre de 1916

San José, C. R., julio de 1919

F1526
C45
1919

En preparación:

LA "INTERVENCION" DE NICARAGUA
EN COSTA RICA

(Con los respectivos documentos)

GIFT
Author
MAY 20 1920

Explicación sobre esta reedición

Dispónese la reedición (1) de este panfleto, porque se quiere difundir la verdad acerca del **personaje** que, para desgracia, vergüenza y peligro de Centro América,—y en especial de Costa Rica: acordaos del Tratado con Bryan—, ocupa la desprestigiada Primera Magistratura de Nicaragua.

(1) Listo para prensas, desde a fines del pasado mes, este folleto, hubo de estorbarse su reimpresión porque un pillastre nicaragüense de los que prenden una vela a Dios y otra al Diablo, hizo intriga para evitarlo, y se lo permitieron en una imprenta particular.

Trátase de un individuo que allá se hace pasar por contrario al intervencionismo y que aquí sirve tan funestos intereses; el mismo que meses atrás—según confesión propia e informes fidedignos que puedo citar—se ofreció para ir de espía de dos caballeros costarricenses de la oposición que abandonaban el país; quien después de recibir favores oficiales en forma de billetes de banco (puedo hasta precisar la cantidad y circunstancias), se ha tornado en murmurador del actual régimen; ente que, si hubiera escrupulos y sanción sociales, no sería permitido en ninguna parte, pues lleva virus en la lengua. Otras cosas más habrá que decir del tal. No debieron expulsarlo de Nicaragua por sus tonterías, pues estaba bien allá con sus picardías. Suya es la siguiente anécdota contada por él mismo, y que le pinta por entero:

«Tuve educación de seminario desde muy pequeño, y en el de Puebla, México, pasé largos años, para concluir «ahorcando los hábitos» en el de León, Nicaragua. Era y sigo siendo muy malo.

»Hacía muchas travesuras de infantil perversidad, algunas de un marcado refinamiento. Como ésta: Residía en el seminario de Puebla el obispo del lugar, un honesto barón de bonisimas costumbres. Pues bien, el monigote—yo—buscábase algodones, los untaba de amarillo y los iba a poner en los lugares de *toilet* del señor obispo.....

Por lo demás, mis páginas de 1916 (2)—cuando aquel ex-hombre subía al «poder»—están confirmadas. Fuí, me precio en decirlo, a modo de hábil pintor, un relator veraz, un profetizador. Se me censuró en Nicaragua—gentes infelices—por mi sinceridad en escribir la verdad. Los conservadores rabiaron sordamente, y un plumario que ha hecho de su pluma un sacacorchos o un escarvamuelas, a

☞ »Lo demás, los malos juicios, las murmuraciones de convento, las sonrisitas, se las imaginará el lector.

☞ »Mientras tanto, el niño maligno sonreía, le temblaba la risa bajo su sotana de desteñido satín.»

☞ Ese es el sujeto, para que lo conozcan en Costa Rica, para que aquí sepan a qué atenerse. Respecto a mí, le he dedicado la siguiente décima:

Un zamarro loqui-cuerdo,
a quien dispensé cariño,
calumnióme. Y no me asombra
pues ya se sabe que el cerdo,
—enlodado hasta el basquiño,—
pretende ensuciar. La sombra
siempre va junto a la luz.
Hay corderos y hay lobos.
Y nunca falta a ese «niño»
quienes le hagan caso. ¡Bobos!

No le conocía, no le había visto nunca. A mi llegada a ésta se me acercó acuciosamente. Fui advertido, pero, bondadoso, no le quise desechar. Chocado con todos los nicaragüenses que aquí residen, les ataca, les calumnia, les chismea. Es, en verdad, de la hez social. Tiene talento, pero le falta, desde luego, honorabilidad y anda escaso de varonilidad. Le está destinada una celda policiaca. En la primera parte donde no se dejen sentar moscas gusaneras.

(2) Un Director de Correos muy centroamericano, el Director de Correos de El Salvador, entonces Florentin Souza, estorbó la circulación del folleto,.... mientras iba francamente por la posta de Estados Unidos, el país de la libertad. Eso que hizo el Director Souza no ocurrió ni en Nicaragua. A la verdad es curioso, porque en El Salvador alardean de libertarismo, y aquel país es uno de los damnificados por las torpezas del animal nicaragüense.

uso—aludo a Gabry Rivas—, me insultó literariamente, y su principal insulto fué decir que el folleto era «mezcla de Juan Montalvo y de Vargas Vila», los dos grandes escritores políticos de América. Inmerecido elogio.

Y de ribete, como se dice, poco faltó para que los liberales «prudentes»—que se asustan hasta de su propia sombra—me «desautorizacen», a mí, que no necesito de que nadie me autorice, y menos los pusilánimes y vividores de mi tierra. Hay quien sabe, entre otros, cómo hice mis campañas de prensa en Estados Unidos: el notario nicaragüense don Pedro González. A esfuerzo propio fueron, con propios dineros, aunque con sacrificios. Lo mismo en Buenos Aires, y ese mismo señor puede atestiguarlo, porque estuvo en aquella metrópoli como ministro del pseudo gobierno de Adolfo Díaz, el iniciador de la intervención en Nicaragua.

Pocos, en Costa Rica, conocen al autor de estas líneas, y no saben de su temple, de lo que es capaz en acción personal y patriota. Quizá sepan más de él en Chile, donde se compenetró de civismo, o en México, donde fortaleció su energía. ¿Aquí? Apenas ligeras noticias. Pero ya irán sabiendo.

Diré que después de las verdades estampadas en diversas formas, en cuanto órgano he tenido al alcance, en español y en inglés, en todas las oportunidades, sin cejar un ápice, sin disminuir mi justo odio, sin variar en mi criterio, sin salirme de la línea trazada, en una palabra,—diré que he vuelto a Nicaragua. Amparado sólo por mi hombría. No lo niego, se me respetó, y sólo cuando dí una «oportunidad», como suele decirse, en la forma de una bastonada a un inspector de hacienda,—un negrecillo de la camada chamorruna,— se me persiguió, atribuyéndoseme el delito de atentado contra la autoridad. Polvos de aquellos lodos, o venganza cachureca.

Creí que las Cortes de Justicia evitarían que se satisficiesen tan bajas pasiones, y los magistrados de las Cortes,

como Pilatos, se lavaron las manos....(1) Imperaba, pues, un proceso canállezco urdido por un pillo—ebrio consuetudinario, prevaricador, piltrafa social,—y un auto de prisión estampado por un tinterillo de nombre Agapito Fernández, (a) **Chancha brava**, un cerdo hembra que me quiso roer los zancajos con sus colmillos desgastados, el mismo que en otros tiempos firmó una sentencia de muerte que fué un asesinato, la de los hermanos Venegas, de Jinotepe. Por ese estilo son algunos jueces de Nicaragua. La Corte Suprema de Justicia,—en cuya opinión, emitida por telégrafo (aprendan jurisprudencia), se fundó el juez instructor—, negose, por todos los medios, a enmendar el entuerto, por cuanto daba margen a apreciar el lance, que fué meramente personal, como un atentado contra la autoridad. Y si es verdad que la Corte de Apelaciones de Granada me amparó—hablo en terminacho jurídico,—después que hube andado tres meses a salto de mata, también es cierto que ese mismo tribunal, compuesto por magistrados pusilánimes que temen perder el hueso, confirmó el auto de prisión, que a Dios gracias no me alcanza, pues salí de allá antes de que tales licenciados—con licencia para cometer torpezas—pasaren sobre la justicia, sobre el precepto, sobre la jurisprudencia y sobre el sentido común. Yo los perdono. Ha sido razón de estómago. (2)

Mientras tanto, mientras me perseguía y me quería cornear aquella vaca judicial, el ex-hombre de la Número Uno, junto con los emasculados que le rodean, reía seguramente.

(1) Dos Magistrados, el Presidente de la Corte,—mi colega en letras,—y mi amigo el Dr. don Carlos Rosales, tuvieron la confianza de manifestarme, ex-tribunal, su opinión, absolutamente conforme con la justicia inmanente y con la ley escrita. Sin embargo, quizá privó en la audiencia el voto de los sectarios, algún Gutiérrez Navas cretino, qué sé yo quiénes....

(2) «Quién no ha conocido—dice el publicista Zericier—alguno de esos perversos viejos jueces que parecen hallar gusto maligno en embrollar las causas más sencillas, para quienes todo acusado es culpado y todo culpable condenado?»

Y aunque no puedo asegurar que haya dado órdenes especiales, sí digo que dejaba complacidamente que «quedasen bien» con él. Y cuando una señorita hermana mía, mortificada por aquella ferocidad cabildesca, —que tenía en profundas penas a mi señor padre, (1) un anciano digno de consideración, a quien así pagaban su fidelidad al concepto conservador, aunque él honrado y libre de impurezas,— me propuso, en carta que recibí estando en la montaña, que la autorizase para ir donde el «Presidente» y hablarle por mí, agradeciéndole su cuidado, prohibí rotundamente el paso, porque en mis cosas, en las atañeras a mí, soy de una sola pieza, madera fuerte. Y bien sabía que hubiera bastado aquéllo para que cesasen las hostilidades. Amigos míos conservadores sintieron tales molestias, pero se cruzaron de brazos, aunque unos hubo que movieron influencias, infructuosamente.

Era yo en Nicaragua, por aquellos días, a modo de bandolero fuera de la ley. Huí de la policía saltando paredes; me refugié en hogar amigo por largos diez días; fuguéme de la ciudad a media noche; persiguiéronme exhortos en telegramas urgentes; busquéme un rincón en la sierra. Mientras tanto, la «justicia» de la Nicaragua esclavizada seguía su curso, y cuando criminales se pasean libremente portando insignias de autoridad y grandes pistolas— no aludo a los del delito de lesa patria sino a reos de delitos comunes,— se procesaba y se perseguía a un ciudadano que, aparte de una falta de policía, no había cometido otro «crimen» que el de haberle dicho todas las verdades a ese semi-ex-bosquejo de persona que se sienta en lo que llaman Presidencia en mi país, y que asienta su mano torpe de bestezuela ensoberbecida a los nicaragüenses cobardes.

(1) «Se realizaron—me escribe recientemente—mis presentimientos.... Tendrás que entrar a jurado, y ya pienso en el abogado que debe defenderte. No omitiré gastos ni sacrificios, y confío en que el fallo ciudadano será más honrado que el judicial....»

Tiene palabras duras el folleto, es la verdad, pero así se escriben los panfletos, esa es la literatura especial. Para escribir sobre una dama, tinta rosa. Sobre un hombre, tinta fuerte. Pero sobre un bestia que lña hecho mal casi irreparable a la patria, tinta que sea ácido, hiel, vinagre, veneno. Revítese, si no, al insigne maestro de las «Catilinas», y se verán términos de ese género. Léase a Vargas-Vila, y se encontrarán palabras de bajo vocabulario, admirablemente empleadas por cierto. Ojéese al lapidador, mi amigo, Blanco-Fombona, y lo mismo. Y allí está el gran poeta humano, el tronante panfletario lusitano, Guerra-Junqueiro. Así se escriben esas cosas, con la punta de un látigo, con bisturí, con termocauterio. Y en el caso mío, en ninguna otra forma pude gritarle su infamia a quien, como Judas, vendió mi patria por treinta dineros. Ella, para cuya enagenación no debió haber bastado ni todo el oro del mundo. La que debió haber sido siempre libre, soberana e independiente.

G. A.-B.

San José, Costa Rica, julio de 1919.

El «Presidente» de Nicaragua

Conscius sibi nullius culpae

Es un ejemplar del hombre inconsciente. Ejemplar vulgar. Además, microcéfalo, favoreciéndole. Acefálico, empleando el término justo. Salió de la obscuridad, y cuando vió la luz, como los murciélagos y las lechuzas, ofuscóse. En la claridad anda a tientas como los topos con absoluta seguridad en las tinieblas. De allí su inconsciencia.

Imposible, por razones psico-fisiológicas, de asimilar, se indigesta de ideas. Sus productos «mentales» son, pues, verdaderas defecaciones. No sabe lo que hace. Va al día, al minuto. Es la circunstancia momentánea la que le dicta lo que debe hacer. No tiene un plan fijo, ni un derrotero, ni siquiera la seguridad del ciego que ya conoce el viejo camino trillado: hombre inconsciente.

Es un innoble producto de las pseudo-revoluciones que estallan en nuestras barbarocracias indo-latinas. Sin siquiera el gesto de uno de esos sargentones que dejan estelas de sangre, pero también de genialidades.

Producto de la crasitud. Saco de ambiciones. Percha de poses ridículas. La negación de lo alto. Cero a la izquierda en la contabilidad política centroamericana. Quien haya seguido el curso de esa vida desde que fué empujada a la vía pública, podrá comprobar nuestras palabras. Militar improvisado el 1896, combatió en las fuerzas de Zelaya, el ex-Presidente, contra una revolución medio libertaria y medio localista. Fué, pues, un servidor de aquel enérgico

militar cuya historia, aumentada y corregida por sus malquerientes, vosotros conocéis. Las cambiantes de la política le llevaron a filas contrarias, o, mejor, hubo manos que arrastraron al instrumento. Entonces fué revolucionario contra Zelaya. Bravo en verdad. La bravura de la animalidad, de la inconsciencia. Diversos paréntesis. Diversos golpes de audacia del militarejo, ya esbozo de caudillo. Alguna vez se alia a fuerzas de Colombia y desembarca en Nicaragua contra Zelaya, del mismo modo que habría defendido al propio Zelaya. Otra, se junta a los hondureños de Manuel Bonilla—un negro que le quiso como pupilo—e invade el territorio de Nicaragua, da un golpe de audacia y huye. Golpes y huidas. El valor del capitán de cuadrillas. Ni siquiera la serenidad de marchar hasta la victoria o el desastre. Nuevos paréntesis. De pronto, la traición inicia su gesto en la Costa Atlántica de Nicaragua. Y le llama. El ocurre al lado de la traición, es un aliado de ella. Se amalgama con individuos que esgrimen principios distintos a los que él masculla. Pero no importa, sigue siendo instrumento, ése es su oficio. A sus viejos manotazos de audaz, suma otros nuevos. Acomete, resiste y huye. La eterna carrera, la eterna derrota, es un fugitivo hasta de la consciencia. Le hablan de transigir, y él «opina» que sí; le hablan de intransigencia, y él «razona» también que sí. Alguien o álguienes promueven un movimiento separatista de la región Atlántica, y él está con ellos. Otros entran en inteligencia con gentes de un extraño país conquistador, y él está también con ellos. Si Dios le llamase, tenemos la seguridad de que—y él nos agradezca la creencia—iría hacia Dios. Pero resulta que sólo le ha solicitado el Diablo. Así ha marchado, de inconsciencia en inconsciencia, como el pájaro de rama en rama, o, mejor, como el simio, de rama en rama también.

Triunfaron sus huestes en 1910, y, siempre inconsciente, no supo qué hacer. Tuvo el poder en sus manos y lo dejó irse, porqu^e **no encontró cómo tomarlo**. En 1912 volvió

el misérrimo poder nicaragüense a sus torpes extremidades anteriores, y se le escapó, nueva fuga de la soñada Dulcinea. Pero ese mando era ya para él una como obsesión..., porque se lo decían los «amigos». En su inconsciencia, tuvo la consciencia de que debía «asumirlo». Fué la primera vez, y quizá la única, que se abrieron sus entendederas... Y entonces, flaco de fuerzas y pobre de luces, dirigió sus ojos hacia los fuertes extraños hombres que estilan imponerse en Nicaragua. Era su salvación. ¿Que hundía al país? ¡No importa!, pero él se salvaba. Aceptó, pues, el papel ridículo en que le ponían, y fué a Wáshington como Plenipotenciario. Llevaba su «idea». Lo demás lo adivinaréis. Entonces fué que «firmó», año 1914, el contrato de venta, o mejor dicho, de donación del país.

Pero tras eso, nuevos aros de indignidad. Los colocaba antes sus ojos de nictálope el histrionzuelo ex-«Presidente» Díaz. Y ¡pasó por ellos! ¿Inconsciente? ¿Consciente? De ambas maneras, porque había quienes le empujaban... y él «quería». Luego, una barrera: el libre sufragio en las elecciones. Aquéllo era desconcertante. El hombre se encontraba, en sustinieblas, con muros, con obstáculos, con rompecabezas... Ocurría a uno y otro lado. Iba de rumbo en rumbo. Ya antes, había fluctuado entre renunciar la «plenipotencia» o quedarse con ella... hasta última hora. Los «amigos» le aconsejaban que sí..., él no sabía qué hacer..., sería mejor, quizá... Pero reanudemos. Con la vieja y desprestigiada insignia verde, tocó a todas las puertas: las signadas de rojo, liberales, las blanco-azules del progresismo, las desteñidas del gobiernismo... Todos le oían, todos se reían de él y nadie le hacía caso. ¡Pobre hombre! ¡Pobre hombre ciego con sus dos ojos buenos, que iba, claudicante, a tientas, de puerta en puerta, suplicante, ofreciéndolo todo a cambio de la corona de hojalata! Mas el día se acercaba, el día de recoger el voto popular. Al frente, una valla de hombres con cucarda roja, disciplinados, aleccionados, firmes. ¿Cuántos votos en **su contra**? El 70 por ciento del total de nicara-

güenses. Era el acabóse, la **debacle** en lontananza, la huida definitiva de la Dulcinea, del miserable **poder** en Nicaragua. Entonces, previó un signo de inteligencia y de complicidad con los destañidos, se santiguó (tras de la cruz está el Diablo), hizo acto de contrición, y cerrando sus ojos—esos ojos que, aun abiertos, siempre están cerrados,—sumergióse definitivamente en el barril de excremento. Verdad que en su fondo estaba la «Presidencia» de Nicaragua, en la forma de nuevas imposiciones del ministril norteamericano Jefferson. Todavía dentro, no sabe qué hacer. Inconsciente, toca las paredes del receptáculo.

El espectáculo, en un principio, ha sido presenciado por el odioso almirante Caperton, jefe de la policía «punitiva» norteamericana en aguas y tierras del trópico.

Hablando hace poco, ocasionalmente, con el ex-Presidente general Zelaya, nos refería este rasgo del individuo que es objeto de nuestro lápiz. Y conste que Zelaya nos lo dijo procurando hacerle honor a su ex-sulbalterno: Agonizaba en la ciudad de Granada una señorona conservadora muy recalcitrante; era en los días en que acababa de triunfar la revolución de la Costa Atlántica. Llamó al caudillo que, a sangre y fuego, había entrado a la ciudad, y, armada de una imagen del Dios de amor y de misericordia, del Crucifijo, le pidió que jurase venganza. Y aunque el trance era duro, porque la señora boqueaba muerte y rencor, el hombre se negó a jurar. ¿Por bondad, por humanitarismo?, preguntarán. No; por inconsciencia, contestamos. Después se ha visto a ese hombre realizar, inconscientemente, una cosa más atroz de lo que le suplicaba la agonizante señora de Granada: el patricidio.

Respetuosos, como somos, de la vida privada de los hombres, y de los animales, no queremos decir, ni nunca diríamos, una palabra acerca de la respectiva del individuo que nos ocupa. Ni en ninguna oportunidad haría al caso. Solo un detalle: en su casera honestidad, es mediocre. Como, na-

turalmente, tenía que ser. Sin la brillantez que da el elevado intelecto, sin ese destello irradiante que va hacia el **home**, luz del hombre que da nombre al hogar. (1)

Un detalle: este individuo no es, como gráficamente se dice, un hombre bien nacido. (2)

El valor de este «valiente» es colectivo. Del personal, carece. Hace poco, en la capital de Nicaragua, un ciudadano, iudignado por las indignidades del caudillo conservador, le retó a duelo. Y el hombre, cobarde, se conformó con llamar a la policía. No ha tenido ni tendrá el valor de suicidarse.

(1) Leyendo al Profesor Brenes-Córdoba, encuentro este concepto: «Un pueblo, una institución, *un sólo hombre*, llega a veces a ejercer por un tiempo influjo preponderante en los destinos o mentalidad de las naciones; a concentrar el interés de una época y a *irradiar de sí* la luz que alumbrá por un trecho el curso de la Historia». Esa caricatura de hombre de que me ocupo ¿qué irradia? Si cupiese la paradoja, diría que obscuridad. Su vida opaca responde por mi aserto. «La mente---continúa el Profesor--- es la potencia creadora. Tanto la vida individual como la colectiva *se condicionan* poco a poco, pero de modo indudable, de acuerdo con la resultante de la mentalidad; no siendo la conducta, el proceder ordinario, sino la expresión, más o menos definida, de las ideas que han arraigado en el entendimiento y trascendido a la conciencia». ¿Qué *acondicionamiento* existirá entre aquel individuo y la colectividad nicaragüense, que aún priva el primero, que aún se mantiene, que sigue «mandando»? Porque, si no se le puede quitar de *allí*—por la fuerza extraña que le sostiene,—al menos cabría hacerle el vacío. Y yo he visto a casi toda la sociedad de aquel país---de moros y de cristianos—rodear al impúdico. La conducta, el proceder ordinario, es la expresión, más o menos definida,---como dice nuestro autor,---de las ideas que han pasado de entendimiento a conciencia. Pero ¿hay entendimiento allá, hay conciencia? NOTA DE 1919.

(2) De modo especial se ha censurado este párrafo, pero tén-gase en cuenta que fué escrito en los Estados Unidos, país donde no se concibe que un Presidente sea hijo ilegítimo, y que en su austeridad institucional impresiona.---NOTA DE 1919.

Es un individuo sin dineros. Su vida de matonería política, no le ha dado tiempo de trabajar en la sencilla labor de los que no nacieron para escalar las alturas de las magistraturas y las diplomacias. Lo que le han dado sus «amigos» y «admiradores», sus compinches, lo ha gastado en el tragín que le trae en tareas desde que unos tantos imbéciles nicaragüenses han creído ver en él a un semidiós. (Risas en la galería).

Nosotros le tenemos, en medio a todo, lástima. ¡Pobre! Si él, nos decimos, no tiene la culpa. Hoy estaría tranquilamente labrando la tierra, fuente positiva de bienestares, si algunos hombres no le hubiesen empujado al caudillaje, dando lugar a que esa tierra, propicia al grano, recibiese bautismos de sangre por su «causa», dando lugar a que la soberanía de ese terruño pasase, por su culpa de ignaro ambicioso,—ambición despertada por el medio-ambiente,—pasase a otras manos, las de los hombres rubios a quienes fué a besar los pies, a ofrecerles el país por un plato de lentejas... podridas, a pedirles profecía.

Repitámoslo nuevamente, haciendo honor al sujeto que nos ocupa: es pobre. Pero su pobreza material es oriental riqueza ante su pobreza mental.

Mas nos observarán: ¿Y los dineros del yanqui, los treinta dineros? ¡Ah!, eso se lo embolsaron, o se lo embolsarán, otros, los que han tenido el talento de empujar al negociador para que ponga la firma...y se quede a la luna de Valencia. O será dado, centavo a centavo, por los amos pagadores. (1)

(1) Escrito lo anterior, los norteamericanos, administradores de alguna parte de las rentas públicas de Nicaragua, han dispuesto,—por sí, ante sí y de *común acuerdo* con el paciente y pasivo hombre,—incautarse de las demás. De esta suerte, proveerán dinero al nuevo «Presidente» algo así como, de vez en vez, lo hacen los padres a los hijos: céntimo por céntimo.—NOTA DE 1916.

Estaba algo equivocado: el individuo, como los gatos, ocultaba las uñas. Ya en la «Presidencia» demuestra sus aficiones al vil metal, a los *córdobas* yanqui-nicas. Ha hecho «negocitos» de

En sus relaciones con gentes de gobierno de los otros países de Centro América, pasados y presentes, ha sido un lamentable satélite. Trayendo ejemplos a cuenta, diremos que, saludador y acatador de Estrada-Cabrera, el Presidente de Guatemala, ha recibido de éste desprecios y menosprecios (al par que armas y dinero para sus revueltas). Hijo adoptivo de Bonilla, el que fué Gobernante de Honduras, le sirvió, si no de palafrenero, de algo por el estilo, también a cambio de fusiles y plata. Actualmente cobra las herencias de Bonilla con suplicatorias que, a medias, atiende Bertrand, el que sucedió al otro. En El Salvador, el manco Regalado le hizo un signo obscuro con la mano y le mandó a paseo. Posteriormente, solicitó bondades amistosas al Doctor Araujo, y le dijo algún decir, de que el infortunado Presidente, astuto valuador de hombres, no hizo caso. A Meléndez, el actual Jefe del país salvadoreño, no ha osado acercarse. En Costa Rica, donde los Presidentes son hombres de cívica valía, no le conocen, posiblemente, seguramente. (1)

El **Washington Post**, órgano semi-oficial de aquella capital, al referirse diversamente al «diplomático» de Nicaragua, le ha llamado «popular»: «muy popular en el cuerpo

exportación de azúcar mediante decretos prohibitivos que firma el Ministro de Hacienda. De venta de ganado para el destace, mediante un *trust*. Sin saberse de dónde ha sacado la plata, ha comprado tres haciendas. Exporta maderas, que hace cortar gratuitamente de los bosques nacionales. Y prepara un negociazo de tabaco con el auxilio de su experto deudo don Agustín Chamorro, ex-socio que fué en los monopolios de Zelaya. Así andan las cosas, y valga la rectificación.—NOTA DE 1919.

(1) Hoy por hoy, el Presidente de Guatemala le menosprecia definitivamente; el de El Salvador ¿le desprecia?; el de Honduras, le ha quitado su aprecio, y el de Costa Rica, que no lo conocía, le está conociendo.... Después de fracasar en su intento revolucionario de Costa Rica, intenta otro fracaso en Honduras, noticia fidedigna de última hora.—NOTA DE 1919.

diplomático»; «que gozó de mucha popularidad en los círculos de esta ciudad»; «un sujeto popularísimo», etc., etc. Estos yanquis son geniales en eso de aplicar el calificativo. Jamás pudieron estar tan precisos, a la vez que tan comedidos, los del **Washington Post**. ¡Nuestros agradecimientos en nombre del «popular diplomático!»

En efecto, es lo único que se podía decir, en loor, al tratarse de este pobre hombre, elevado a una plenipotencia como pudiera haberlo sido a un arzobispado. ¡Cómo no debe habersele conocido en los círculos oficiales de Washington, cuando iba y venía entre los grupos aristocráticos, estrechado por la casaca (que hacía de librea), nostálgico su tórax de la chaqueta del capitanejo, el espadín incomodánle (entre el machete y el espadín hay diferencia); todo él acucioso y risueño, risa de bisoño, repartiendo bromas cursis, no entendiendo aquel teje-maneje que debe aturdir aún a los más duchos. Por eso es que el **Washington Post** le llama «popular»; porque lo era, acostumbrado a la familiaridad, que en los campamentos, durante las guerras semi-salvajes de Centro América, se llama también «popularidad». ¡Cómo no deben haberse reído de ese flamante diplomático de nuevo cuño, pobre diablo sin siquiera dón de gentes! Y tras la sonrisa, el nombre de Nicaragua. Ese nombre que ya no se pronuncia sino con un gesto de cólera, de lástima, de vergüenza, o de burla.

Mientras para los otros representantes de los países latino-americanos tiene el **Washington Post** adjetivos, siempre precisos, que dicen: **ilustración, distinción, sapiencia, elegancia**, etc., etc., para el «diplomático» nicargüense no queda sino uno, modoso pero oropesco y semi-eufónico: «popularidad». Bendigamos a los redactores del órgano semi-oficial, que siquiera algo conceden al hoy «Presidente» de Nicaragua.

Cuando Bryan, el fracasado Jefe del Departamento de Estado de Washington, logró nombrar a Sullivan Ministro en Santo Domingo, como se le objetase la impropiedad de

la designación, por cuanto ese Sullivan era y sigue siendo un mequetrefe,—lo que después hizo en la Antilla lo comprueba,—el Jefe de la Cancillería norteamericana, **leader** «demócrata» agradecido, contestó: —«Pero es un **deserving democrat!**» Lo que significa: un cooptario nuestro que se ha «ganado» eso por su servicialismo.

Y cuando el **New York Herald** comentaba editorialmente la decisión del Departamento de Estado, de imponer a todo trance al candidato «presidencial» de Nicaragua, refiriéndose a éste, concluía, risueñamente, así: «Tal vez sea un **deserving democrat!**»

Un diario de Nicaragua dice que trece (mala cifra para los agoreros) fueron los mensajes cablegráficos de felicitación que, fechados en Washington, recibió el nuevo «Presidente». Deben ser, casi estamos seguros, de algunos de los representantes de las Repúblicas hispano-americanas (ironía) en la capital norteamericana, excepción hecha, por supuesto, de los de Centro América (excluido el de Honduras, ¡quíntuple ironía!, por cómplice), (1) México y algún otro más. Respecto al Secretario de Estado Lansing, encomendó dirigir la respectiva felicitación... a un su sobrino. Ah! Yanes, el acólito de Mr. Barrett en los **sabat** panamericanos, también felicitó. Debe estar satisfecho el antiguo «diplomático» y moderno «estadista».

Tengo ante mis ojos un retrato que, recientemente, ha publicado el **Herald**, del nuevo «gobernante» de mi país. El **Herald**, que de varias fotografías del «personaje» debe

(2) Aludo a Alberto Membreño, un negro viejo patón que era el consejero del «ministro» su compinche, ahora candidato en Honduras. ¡Pobre Honduras!

Otro de los felicitadores fué Porras el de Panamá, el pobre Porras, el lamentable, el lamentador. Ingrato con Nicaragua,—donde tuvo pan y techo,—le paga en esa forma, amelcochándose con el Huerta chontaleño. Porras era entonces representante panameño en Washington. A su emoción deben haberlo temblado los anteojos, cuando supo el triunfo de su digno colega.—NOTA DE 1919.

haber dispuesto, ha sabido escoger la propia, la del hombre. ¡Cuando decimos que estos periodistas yanquis son geniales!

La **facies** del individuo es de una terquedad y una rudeza espeluznantes, si tras de ese gesto no se viera, recónditamente, el signo de la bobería. Omíto detallar unos ojos puestos en... la «Presidencia». ¿Es la cara de Villa o de Zapata, o siquiera la de cualquier terrorífico matasiete centroamericano? No. Esa cara es la del quienquier pobre hombre rústico. Y esa frente, que dice la negación del pensamiento, la simple cobertura de unos sesos de carnero. Y basta de **facies**.

Vamos al indumento: chaqueta de militarejo con dos bolsones, uno a cada lado del pecho, bolsas para cigarrillos y fósforos, para algún pañuelo; con seguridad que no deben haber conocido del lápiz que guarda secretos en su punta, y del *book-notes*... En la cabeza, digamos mejor el cráneo, un calañés. Poned a todo esto un soplo de tristeza, de infelicidad y de imbecilidad, y un fondo negro al busto, y tendréis el retrato del eunuco «Presidente» de Nicaragua, que acaba de publicar el **Herald**. Como reza el refrán popular, todas las cosas se parecen a su dueño.

En la primera edición, última página, va el retrato, que facilitó el propio *Herald*. Es, realmente, horroroso y horrorizante. A su pie tiene esta razón textual: «*General Chamorro—Copyright by the New York Herald Co.—All right reserved.*»

NOTA FINAL

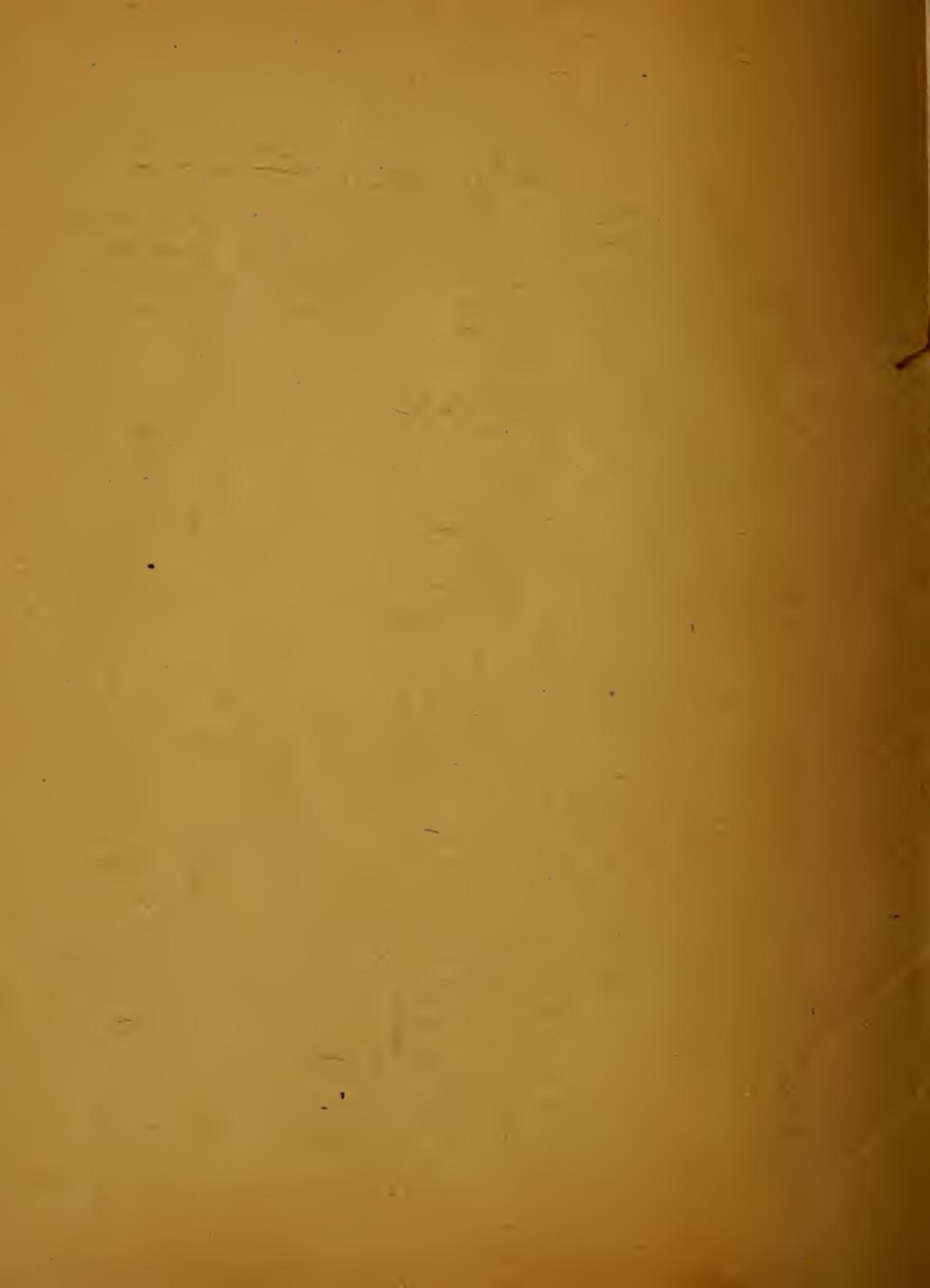
Posteriormente leí en documentos taquigráficos del Senado norteamericano, el interrogatorio a que fué sometido el «ministro» nicaragüense por el Presidente del Comité de Relaciones Exteriores del propio Senado. Ningún hombre con miga de vergüenza hubiera soportado aquéllo. ¡Cuánta infelicidad, cuánta sumisión, llevando el nombre de un país!

Fue el ente, ni más ni menos, como un escolar, como un *boy*, ante el *teacher* regañón, que con palmeta en mano formulaba preguntas inquisitoriales. Véanse esas páginas de ludibrio, de escándalo, de vergüenza.

Ese es el **hombre** que, con su pandilla, llevó la intervención a Nicaragua. De tan funesta obra se tienen los más desastrosos resultados: en lo social, en lo económico, en lo político. Lo proclaman la descomposición general del organismo de aquel país; la crisis económica—a pesar de esa caricatura del *dollar* que se llama el *córdoba*—; el mayor distanciamiento de los nicaragüenses, pues cada uno, allá, tira por su lado, y son muy pocos los que en verdad se preocupan de la grave situación actual, que, a no ser un factor extraño inesperado,—la socialización mundial que se entreevee, por ejemplo—, tiende a ser indefinida.

El autor de estas líneas quisiera que los costarricenses se viesan en aquel espejo, como suele decirse. Quizá entonces, sin pasiones ni odios ni rencores, recapaciten en lo trascendente del momento. Me permito recordarles que las cosas, que los factores pasan; pero que las situaciones a veces duran por toda una vida.

Ese individuo, Chamorro, está juzgado y sentenciado ya; pero si aún cupiese el juicio *post mortem*, no habría para su cuerpo rincón de tierra alguno. Tal vez en el Dahomey, en alguna isla perdida de Océano o en el imposible reino de Esclavia....



LIBRARY OF CONGRESS



0 015 825 784 1